A decir verdad no queria mucho á su hermana, y la idea de tenerla por compañera no la seducia; pero se trataba de abrumar con su proteccion á la rival altanera á quien sublevaba toda superioridad, y el orgullo de Lazarine hallaba en esta proteccion un goce maligno.

¡Renée no sería nada á su lado!.... ¡Dependeria absolutamente de ella! ¡No sería nada mas que por ella!.... Lazarine no hubiera podido soñar con una revancha mas completa de las insolencias pasadas.

Decidióse en el acto, y respondió:

—Acepto, padre mio; haré lo que deceais, pero á condicion de que mi marido no se oponga.

—En ese caso, es asunto concluido—exclamó Julio Leroux frotándose las manos,—he consultado antes á mi yerno, y consiente. Voy á participar la noticia á Renée, para que venga corriendo á abrazarte.....

—Guardaos de ello, padre mio—murmuró la marquesa sonriendo.—Sé muy bien que, cuando mi hermana me abraza, desearia estrangularme... Evitadle la tentacion, y sobre todo el pesar de no poder caer en ella.

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

XXX

A principios de la semana siguiente, el marqués de la Tour du Roy, Lazarine y Renée partieron para Italia, donde no tardaremos en seguirlos.

Julio Leroux, solo con Juana en Hojas-Verdes, apareció de repente trasformado como por ensalmo.

De la noche á la mañana hubiera sido difícil reconocer en él al hombre abatido, contrariado, melancólico, que descuidaba su persona y su traje.

Habia recobrado de pronto su fisonomía de otro tiempo, y su aire epicúreo de hombre egoista á quien todo sonríe.

Cuidadosamente afeitado y enguantado, con el sombrero inclinado hácia la oreja derecha, se contorneaba como en la época feliz en que se le veia todos los dias franquear las gradas de la Bolsa, respondiendo á las saludes de gentes de cambio, comisionistas y cobradores con un saludo de mano benévolo y digno á la vez.

Julio Leroux comenzaba á reconciliarse con su suerte. El porvenir no se le ofrecia ya preñado de nubes. Experimentaba la nostalgia de Paris y pensaba sériamente en abandonarse du-

rante algunas semanas á los goces de la gran ciudad.

—Lazarine ha hecho un casamiento brillante—se decia,—y la dote que un marido menos rico hubiera exigido de mí, queda en mi poder. El marqués de la Tour du Roy, aunque solo sea por orgullo, hallará medio de casar á Renée con algun millonario, para el cual los cien mil francos de dote comparados con su fortuna serán lo que una gota de agua en el mar.... En fin, Renée viaja con su hermana, y no tengo al presente que ocuparme de ella. Queda Juana.... Pero Juana es un ángel, sin necesidades ni deseos, á quien todo satisface, que lo aprueba todo, que á todo dice amen. No he visto criatura menos molesta..... Hé aquí á mis hijas felices ó en camino de serlo; me parece que tengo ya el derecho de ocuparme un poco de mí. ¡Qué diablo! despues de todo, á mi edad—cincuenta y seis años apenas,—no se puede renunciar por completo á los encantos de la vida y aislarse como un cartujo.... ¡A fé mia que empezaba á aburrirme! Necesito ver por última vez los boulevares, estrechar la mano de algunos antiguos amigos—sin olvidar las amigas por supuesto,—frecuentar los establecimientos á la moda y digerir alegremente las frutas y el *foie-gras* en una butaca de la orquesta de Variedades, de los Bufos ó del Palais-Royal.... ¡Me concedo, pues, un mes de asueto!.....

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Y tomada esta resolucion, Julio Leroux escribió á su sastre encargando ropa, y al príncipe de Castel-Vivant anunciándole su marcha y suplicándole alquilase á su nombre dos piezas en el Gran Hotel.

Faltaba prevenir á Juana.

El ex-banquero se apresuró á hacerlo.

—Hija mia—le dijo á quema-ropa—¿no te fastidias aquí, verdad?.....

—Ya sabes, papá—respondió la jóven,—que no me fastidio en ninguna parte.... La palabra fastidio no existe en mi vocabulario, ó por lo menos no tiene sentido para mí. Ademas, adoro el campo, y me encuentro aquí mejor que en cualquiera otra parte.

—¿Aun despues de la partida de Lazarine y Renée?—continuó Julio Leroux.

—Aun despues... sí... Sabes cuanto quiero á mis hermanas.... ¡pero se ocupan tan poco de la pobre cenicienta!.... Puedo pasarme sin ellas.... y por lo demas, te tengo á tí y me basta.....

—¿Y si yo tambien me fuera?

Juana miró á su padre sorprendida.

—Si tú te fueras..—repitió.—¿Acaso piensas abandonarme?.....

—Supongamos que sea necesario.

—¡Dios mio! ¡me quedaria completamente sola!.....

—Y la soledad te asusta, ¿no es verdad?

—Me inquieta un poco, lo confieso, sobre todo si tu ausencia se prolongára.

—Tranquilízate... Mi viaje durará solo algunos dias.....

—¡Tu viaje!... ¿Hablas, pues, en sério?....

—Sí... negocios apremiantes reclaman mi presencia en Paris.

—Yo creia que no tenias ya negocios.

—Nunca faltan, á pesar de uno.....

—Puesto que es preciso, me conformaré.... Pero no me abandones mucho tiempo.

—Tres semanas lo mas.

—Trataré de no entristecerme, y te esperaré contando las horas que me separen de tí.

—Abrázame, hija mia... eres una criatura angelical... ¡Feliz el hombre que te haga su esposa!

—¿Crees que se presentará alguno?—preguntó Juana riendo.

—¿Por qué nó?... el marqués de la Tour du Roy, gran señor é inmensamente rico, ¿no se ha casado con Lazarine?

—¿Y qué prueba eso?... Lazarine merecia su dicha por las brillantes cualidades que la adornan y de que yo carezco... Lazarine es un lirio soberbio, yo una humilde y tímida violeta.... Los lirios dominan en los jardines y se imponen á la admiracion; las violetas se ocultan bajo la yerba.... Lo probable es, pues, que vivan y mueran ignoradas.... por lo demas, papá, ¿quieres que te hable con franqueza?.... no envidio del todo la suerte de Lazarine.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

—¿Por ventura tienes ambiciones mas elevadas?—preguntó Julio Leroux con extrañeza.

—Por el contrario, no tengo ambicion de ningun género; no tengo mas que un solo deseo, ó mejor dicho, una sola voluntad: la de amar á mi marido, si me caso, y la de negar mi mano á un viejo, aunque fuera un príncipe y mas rico que el Banco de Francia.

—Lazarine ama al marqués.

—¡Oh! estoy convencida de ello; pero á mí me hubiera sido imposible amar al marqués de la Tour du Roy de otra manera que como á mi padre, y el instinto de mi corazon me dice que es preciso amar á un marido con un afecto mas vivo.

—¡Tanto candor!—murmuró Julio Leroux sonriendo.

—En fin, papá, ¿cuando te vas?—preguntó Juana refiriendo la conversacion á su punto de partida.

—Dentro de dos ó tres dias.... en cuanto reciba unas cartas que espero.

—Llegaron las cartas.

El sastre anunciaba á su cliente que estaban hechos los trajes.

El príncipe felicitaba á su amigo por su sábia resolucion de sustraerse por algun tiempo á su vida de anacoreta, y le incluia el número de los dos cuartos que habia tomado para él en el Gran Hotel.

A la mañana siguiente Julio Leroux metió diez billetes de mil francos en la cartera, y abrazó á Juana, que se hallaba muy conmovida y cuya emocion se comunicó al viejo epicúreo, deslizándose por sus mejillas una lágrima.

Una linda victoria, regalo de Lazarine, le condujo á Orleans, y antes de tomar el ferro-carril dirigió el siguiente telegrama al señor de Castel-Vivant:

"*Llegaré hoy.—Comeremos juntos.—Invitad á Tata si es posible. A falta de Tata, á Nana.*

*
* *

En uno de los primeros capítulos de esta verídica narracion, participamos á nuestros lectores que Juana se consideraba completamente feliz desde el dia en que su padre y sus hermanas se habian instalado en Hojas-Verdes, á consecuencia de las catástrofes financieras de la familia.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Adoraba la tranquilidad, el campo, los corpulentos árboles, las flores y las aves.

Las tardes, empleadas en el parque en leer ó dibujar, le parecian muy cortas.

Era la administradora, ó mejor dicho la que llevaba el peso de la casa, que dirigia con la mayor economía.

A los quince dias de estar en Hojas-Verdes conocia y socorria á los pobres y á los enfermos, quienes la llamaban el *ángel bueno.*

Juana, á quien, como ya hemos indicado, sus hermanas llamaban *la Cenicienta,* era la criatura mas graciosa y agradable de que podemos formarnos idea; á la época en que se casó Lazarine tenia diez y seis años y medio, un rostro sonrosado y sonriente de querubin, grandes y cándidos ojos, parados y dulces, en los cuales parecia reflejarse el azul del cielo.

Triste, en efecto, era su dulce mirada en el momento en que la jóven, de pié en el último tramo de la escalera, seguia con la vista el carruaje en que su padre iba á Orleans.

Así que el coche dejó atras la verja y desapareció, Juana lanzó un suspiro, se enjugó con la mano una lágrima y exclamó:

—¡Sola! ya estoy sola. Mi padre volverá dentro de quince dias, Así me lo ha prometido. Quince dias se pasan pronto.

Juana entró en el salon; se sentó cerca de